

ÓSCAR CALAVIA

Basura

ÍNDICE

- i. De Cateura a Chernóbil, 9
- Intervalo: un magnífico mundo, 29
- ii. Definiciones, 33
- iii. Consumo, 45
- iv. Basura estructurante, 77
- v. El planeta basura y sus gentes, 117
- vi. Diógenes, 159

En memoria de tanta cosa echada a perder

I. DE CATEURA A CHERNÓBIL

El infierno de Dante existe, sí. Es el distrito de Santa Ana, el vertedero de Cateura, los bañados de Asunción, las afueras de las grandes ciudades latinoamericanas.

Mientras caminaba y observaba el entorno, el infierno que había sentido al principio dio paso a una visión de la escatología guaraní. Una imagen del caos vivo, no del caos a la espera de un juicio final. Me crucé con los carros de los gancheros, con grupos de jóvenes, con vacas, caballos, cerdos y gallinas... Pasaban algunos autos con la música a toda potencia y levantaban nubes de polvo rojo que el viento dispersaba después. En el barrio de Santa Ana no hay viento sin olor, y no hay olor sin náuseas. Cada soplo de aire recordaba la proximidad del vertedero, para no olvidar que este lugar —cada vez más poblado— no debe su creación sino al inmenso cementerio de objetos que se encuentra justo en su centro.

La comunidad está ubicada en una parcela de 8.000 m² al fondo del camino principal del barrio de Santa Ana, antes de desembarcar en el enorme espacio ocupado por el vertedero. Se entra por el portal principal sobre el cual vemos inscrito el nombre «Comunidad indígena Cerro Poty» en un letrero de madera. El portal está en medio de una cerca de madera también, que contorna la comunidad (el espacio se define como un círculo) y que al principio me hizo pensar en las cercas de las pistas de rodeo. Frente a la entrada y justo en el centro —se puede captar toda la comunidad en un giro de 180 grados— está la escuela con la inscripción «Escuela indígena». Detrás de ella, el mástil de una inerte bandera paraguaya. Todas las mañanas se iza, por iniciativa de estudiantes y maestros de escuela, que cantan ante ella el himno nacional al comenzar la jornada.

Frente a la escuela, al pie de un árbol —no pude identificar cuál—, pequeñas cruces de madera rodeadas por una mureta de ladrillos. Aquí es donde yacen —me cuenta una de las maestras de la escuela— los angelitos de la comunidad, los fetos abortados o los

natimortos encontrados por los guaraníes en el basural y cuidadosamente enterrados por ellos.¹

AL OESTE DE ASUNCIÓN, capital del Paraguay, a orillas del río que da nombre al país y a los pies del cerro Lambaré, hay un enorme vertedero. En él, hace unos veinte años, se instaló una aldea de indios guaraníes, venidos del oriente del país. Todos los vecinos del distrito de Santa Ana viven directa o indirectamente de los desperdicios del vertedero vecino, pero los guaraníes han hecho algo más: han fundado una comunidad.

Qué buen tema para un libro: los desperdicios de una sociedad de consumo que se amontonan, se extienden, se pudren, huelen. Las parcelas de humanidad que viven de ellos, entre ellos, por ellos, que con ellos se mezclan hasta confundirse. El destino de un pueblo originario, que ha sido empujado de un rincón a otro de lo que fue su tierra hasta encontrar un último refugio en un basurero. La miseria, la exclusión, la humanidad irredenta. Pero ese libro ya está escrito, muchas veces. Legiones de autores se han dedicado, desde que se inventó la escritura, a fustigar escándalos. La indignación se ha adaptado al ritmo consumista: cada día hay que deshacerse de la indignación de ayer para dejar sitio a la indignación de hoy, y en algún lugar debe haber un inmenso vertedero donde van a parar las indignaciones cotidianas. No pretendo contribuir a él: este libro no es un sermón.

I SCAPPINI MEZA, G. (2006). *La Terre sans Mal dans la décharge ? Une approche des relations entre mobilité spatiale Guarani et indianité au Paraguay*, 86 f., p. 61 (Maîtrise en Ethnologie et Sociologie Comparée). Université de Paris X, Nanterre.

YO SUPE de la aldea guaraní de Cateura por una joven investigadora paraguaya, Gloria Scappini, que, buscando un tema para su máster en Etnología, había llegado allí. Estaba inquieta. Un basurero no es el escenario que los etnólogos prefieren para la descripción de la vida de una comunidad nativa. Y eso no porque la profesión cultive una estética de islas paradisíacas y selvas vírgenes —eso es en gran parte una calumnia—, sino porque un basurero es, o al menos eso nos parece, un lugar anómalo donde no se encuentran más que situaciones de excepción. Donde no se puede llevar una vida corriente, donde todo estará demasiado alterado para revelarnos algo sobre quién vive allí. Además, ese retrato en medio de la basura no podía ser bueno para la dignidad de un pueblo cuya dignidad, quién sabe por qué, parece que tiene que ser continuamente reivindicada.

Pero la cita que encabeza el texto muestra que los propios guaraníes no compartían todas esas reservas. No disimulaban su presencia allí, más bien la subrayaban con cercas, portales, himnos y banderas. Para ellos, la vida en el vertedero de Cateura era una vida normal, o más que eso: un triunfo. Hacía años que los guaraníes iban llegando a la gran ciudad. De uno en uno, o con una pequeña familia; subsistían en condiciones precarias y peligrosas, explotados por los intermediarios del basurero de Cateura o de las otras cloacas urbanas —las del narcotráfico, la prostitución, la mendicidad, la delincuencia—. Por mucho que se sitúe en medio de una versión subtropical del infierno de Dante, la comunidad de Cerro Poty es un triunfo: ha conseguido reunirlos, organizarlos. Cerro Poty es fuerza, garantía, apoyo mutuo.

Pero hay algo más. Algo que a Scappini se le hacía difícil asumir, que no puso por escrito, que más bien deduje de sus comentarios: los guaraníes no parecían descontentos del lugar en que estaban. El infierno le provocaba horror a ella, pero no a ellos. Por mucho que nos revuelva el estómago, podemos admitir que un grupo de semejantes viva en medio de nuestros detritos si lo

entendemos en un sentido testimonial: una protesta muda, una denuncia de la exclusión, del fracaso de una política. Los guaraníes han venido hacia nosotros, fascinados por las luces de la ciudad, y una barrera invisible los ha retenido ahí fuera, al margen; eso es injusto, las barreras son abyectas, algo tiene que cambiar. Somos eternos descontentos, pero obtenemos un ilimitado consuelo de ese otro mundo que debería ser y que algún día será. Los guaraníes de Cerro Poty parecían tener una opinión muy diferente: ese «mundo mejor» estaba allí mismo. El vertedero era el país de Jauja. No era una zahúrda al margen del sistema, sino su apoteosis, su verdadero corazón.

URBANIZACIÓN

El vertedero de Cateura es especial por varias razones, y por eso hablo de él en primer lugar, pero podría hablar de lo que yo he visto en otros lugares. Una porción de los indígenas amazónicos que han migrado a la ciudad en las últimas décadas vive de, al lado de, o dentro de vertederos urbanos. Es de eso también de lo que hablamos cuando hablamos del desarrollo de los países emergentes, y no solo de esa otra porción —que existe, pero es aún menor— que se han situado en barrios y ocupaciones mejor consideradas. Las razones por las que han salido de sus aldeas son muy diversas: han sido expulsados por nuevos ocupantes —compañías mineras, colonos, hacendados—, por guerras ajenas entre ejércitos, guerrillas o carteles, o también por guerras propias. A veces, todo hay que decirlo, no han sido expulsados: han salido por su propia voluntad, porque el brillo de la ciudad les atrae. Su mundo, ya privado de autonomía y así de valores propios, ha dejado de ser un mundo para volverse un lugarejo —vivir allí no es más que sobrevivir, vegetar, ir tirando—.

II. DEFINICIONES

PUREZA Y PELIGRO

¿Pero qué es la basura, qué es basura, entonces? No es una pregunta retórica. Muy al contrario, hay que responderla muchas veces al día, se la hacen muchos millones de seres diariamente alrededor del globo: ¿son basura los veinte tomos de aquella enciclopedia comprada hace veinte años? ¿Y la caja llena de cables? ¿Y el verde de los puerros? ¿Y las carpetas de dibujos del niño, que era un genio? ¿Y los zapatos viejos, y la ropa vieja?

La definición de la basura es muy controvertida, y a menudo perturba la paz de los hogares. Tirar algo o guardarlo define una memoria o un carácter: cuando esa memoria o ese carácter pertenecen a más de uno los conflictos pueden aparecer. Lo hacen también en el fuero íntimo de cada cual. La recolección selectiva no solo sirve para mejorar la gestión de los residuos, sino también para aliviar esos dilemas internos. Muchos ciudadanos se resistirían a tirar libros a la basura, pero encuentran más tolerable llevarlos «al papel». Bien es verdad que la recogida selectiva tiene algo de aquel gusto por el eufemismo que cultivaba la Inquisición cuando relajaba al brazo secular a sus condenados, pidiendo clemencia para ellos: el brazo secular sabía de sobra que esa petición de clemencia significaba «quémelos». Papel, plásticos, orgánicos, envases no dejan de ser basura, y en todo el mundo los ciudadanos suspicaces, en parte sin razón y en parte con ella, piensan que todo lo que ellos separaron se reunirá después en un basurero, o en una incineradora, o en monumentales cubos prensados que serán enviados a China a no se sabe qué destino siniestro. Basura,

un sucio destino: la basura no deja de ser suciedad, ese es quizás su significado más obvio.

Pero la suciedad es igualmente difícil de definir, e igual de controvertida. No hay cómo caracterizarla por la materia que la compone, ni por el estado de esa materia: quesos podridos pueden venderse a ochenta euros el kilo, y sin alterar su composición química un pesto genovés pasa de alimento a suciedad con solo saltar del plato a la blusa; un cabello, con solo saltar de la cabeza al plato; por supuesto, hay que ser un urbanita de raíz para percibir como sucio un campo regado de estiércol. Trivialidades: para qué insistir en que la suciedad es, como todo, relativa.

Una antropóloga inglesa, Mary Douglas, la definió hace casi medio siglo de un modo que ha envejecido bien: la suciedad es un asunto de topología, de espacio; pero de espacio cargado de sentido.⁶ Cualquiera sabe que al hablar de los de arriba y de los de abajo, de la gente de aquí y de la gente de fuera, no se está hablando únicamente de geolocalizaciones. Arrinconar algo no es solo ponerlo en un rincón: el rincón no es un lugar como cualquier otro, ni lo es el centro. Los lugares están organizados de acuerdo con valores diferentes: lo profundo y lo superficial, la casa y la calle, la curva y la recta y una lista interminable de bellos binomios. La suciedad, dice la señora Douglas, es algo fuera de lugar; pero no de este o aquel lugar en particular, sino fuera de lugar en general. No es suciedad por estar «fuera» —qué fácil sería—, sino por estar en una intratable tierra de nadie, en los intersticios. Lo sabe cualquiera que se ocupe de la limpieza de su casa: la suciedad se acumula en las brechas, las juntas, los intervalos. Todos los fanáticos de la limpieza, sea doméstica o étnica, sueñan con un mundo sin intersticios: cocinas planificadas sin huecos entre el frigo y la ala-

6 DOUGLAS, M. (1973). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. México: Siglo XXI.

cena, sociedades sin mestizos, arenas políticas sin equidistantes. Ese mundo, por supuesto, no existe salvo en los sueños obsesivo-compulsivos. Nada existe sin sus zonas de ambigüedad.

La suciedad más clásica, la de toda la vida, está en ese intervalo: es esa materia que formaba parte del cuerpo hace un instante, pero ya no. Da lo mismo lo limpias que pudiesen estar las uñas, se convierten en suciedad nada más cortarse. Todos los pasos fronterizos del cuerpo, esos orificios —de los cuales tres o cuatro gozan de mucha popularidad, aunque en realidad son muchos, casi infinitos—, tienen su suciedad específica, que solo es suciedad mientras se quede ahí, vacilando en el umbral. Hasta entonces eran parte del cuerpo y no había ningún inconveniente en llevarlos consigo a una cita de trabajo o al cumpleaños de la abuela. Una vez que han llegado a ese punto, son sucios y la posibilidad de que vuelvan adentro da náuseas: entonces, cualquier persona con las más mínimas nociones de higiene se las apaña para enviarlos lejos, fuera del intersticio, fuera de la vista.

LÍMITES

Todo eso es muy simple, pero tiene infinitas aplicaciones más allá de la mierda y las legañas: los negocios públicos y los negocios privados pueden ser igualmente limpios, pero en ese intersticio donde se mezclan no puede haber sino negocios sucios; dígame lo mismo de esas rendijas donde se juntan religión y política, placer y comercio, cerdos y jabalíes. En una época tan dada a la higiene como la nuestra, el único modo de tornar algo aceptable es salvarlo del intersticio otorgándole un espacio propio. Así, las transacciones entre lo público y lo privado se pueden purificar inventando esa profesión que en inglés se ha llamado *lobbying*, o GR (*Government Relations*): las presiones o los halagos al poder

III. CONSUMO

SEA LO QUE SEA la basura, pocos habrá que duden de que su abundancia se debe a la sociedad de consumo. La idea de una sociedad de consumo no es muy antigua. Apareció en los años cincuenta, en estudios que analizaban las transformaciones del sistema económico de los países más ricos.⁹ Por aquellos tiempos, los Estados Unidos, parte de Europa Occidental y poco más. El foco del sistema económico, se decía en ellos, había pasado de la producción al consumo. Con ello se referían a que lo que hasta entonces no pasaba de unos cuantos artesanos, pintores de enseñas o compositores de carteles, hombres-sándwich y pregoneros, se había convertido en departamentos de publicidad, y después de *marketing*, y después en empresas y conglomerados de empresas dedicadas a la difusión y la venta, un avispero que con los años se vio más poblado que las fábricas. Notemos que hasta ese momento no se ha consumido nada, aunque se haya vendido mucho. Pero la expresión «sociedad de consumo» tuvo un enorme éxito y pasó al vocabulario común con un sentido diferente. Es un ejemplo de esos encuentros entre la ciencia social y el sentido común que pueden tener resultados muy engañosos. Porque, vaya por delante, la idea de la sociedad de consumo es un engaño. Voluntario o no, pero en cualquier caso

9 En *La muchedumbre solitaria*, de RIESMAN, D., GLAZER, N. y DENNY, R., como se cita en OUTHWAITE, W. y BOTTOMORE, T. (1996). *Dicionário do pensamento social do século xx*. Rio de Janeiro: Zahar, p. 719.

muy útil para la perpetuación de este tipo de sociedad que no, de ninguna manera es una sociedad de consumo.

La noción de sociedad de consumo conlleva una crítica —conservadora, a su modo— de la sociedad de consumo. No se dice «sociedad de consumo» sin acritud, como se puede decir «sociedad de la información», a pesar de que probablemente una y otra vengan a ser lo mismo. Se percibe en ella una condena moral de un modo de vida. Una censura que todos suscribimos y despreciamos a un tiempo, y ahí está el punto: el rótulo «sociedad de consumo» es un baldón lisonjero. Un poco como aquellos rótulos que hace tiempo algunos editores usaban para relanzar títulos viejos: «Prohibido por la censura durante cuarenta años», «Incluido en el índice de libros prohibidos por la Iglesia». El consumo, el gasto, siempre ha sido mal visto por los moralistas: basta ver que, de entre siete pecados capitales, solo hay uno que consiste en retener —la avaricia—, contra al menos cuatro que gastan o que llevan a gastar. El consumo es pecaminoso, y por eso mismo atractivo. La idea de una sociedad de consumo hace buenas migas con la idea, un poco anterior, de una sociedad del ocio; y para la mayoría de la humanidad, que no puede retener nada y tiene que trabajar mucho para apenas subsistir, una sociedad de consumo es, en el fondo, una idea muy atractiva. Puede ser moralmente detestable, puede poner en riesgo el planeta, pero solo se vive una vez: que continúe, que se amplíe, que llegue para todos, que no me la toquen.

Pero no vivimos en una sociedad de consumo. Si alguien, después de haber cumplido una jornada de trabajo de muchas horas —las jornadas de trabajo han ido aumentando, salvo para el señor Green—, después de horas de trayectos de ida y vuelta del trabajo, después de cumplir con tareas cotidianas que han aumentado de volumen a pesar de la batería de electros, y después de haber enfrentado la multitud de quehaceres burocráticos que la informática ha multiplicado para solaz de la ciudadanía, si después de eso sigue pensando que vive en una sociedad de con-